



EL LÁPIZ Y EL RATÓN (I): LA LARGA EDAD DE LAS CATEDRALES

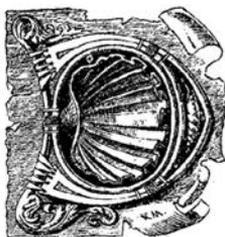
Rafael FERNÁNDEZ-PINTADO MUÑOZ-ROJAS
Licenciado en Historia



*La duración está unida al hombre,
como la forma al mármol de la estatua.*

Alexis Carrel

Un lápiz, un ratón



ESDE que «El jersey de la Pataky» llamó mi atención tiempo ha —aquél sobre el que el capitán de navío Cubeiro tan originalmente escribió en esta REVISTA—, no he dejado de preguntarme cómo debería dar un primer toque de campana, una sorpresa, para llamar la atención del lector, para que la audiencia abra bien los ojos y los oídos en una conferencia, o para que se predisponga a mi favor en una discusión cualquiera.

Un lápiz y un ratón seguramente no podrán competir con la Pataky, pero si consigo trasladar las miradas puestas en su jersey a este preciso momento, y que luego piensen brevemente en qué habrá detrás de estas dos palabras, ya me doy por satisfecho.

Veía a mi padre manejar el lápiz sobre el papel, elaborando dibujos, esquemas y cuadros magistrales, fórmulas, desarrollo de problemas... en un proceso que era casi un arte, con sus tiempos; quizás demasiado lento para un niño. Igualmente ocurría con la tiza del profesor y el cuadro dibujado en la pizarra. No quería que se borrara; esa letra y el orden casi perfectos —y su voz también— eran el nexo entre el saber y la ignorancia —o la falta de interés, según el caso—, pero además era el foco sobre el que, para el que estaba sentado en el pupitre, había que poner algo de razón y entendimiento, más allá de la habilidad del maestro. Y la pluma y el lápiz requerían una repetición activa del encerado.

Veo hoy en mis hijos el manejo fácil de su dedo o de un ratón sobre un escenario de cristal líquido, con elementos y herramientas que les dan casi todo hecho. Rápidamente han aprendido a usar el móvil y la *tablet*, sistemas que les ofrecen información sin esfuerzo; pero aprecio, preocupado, que necesitan regurgitar varias veces un mismo párrafo para digerirlo; la comprensión lectora se les atasca. Han pasado a ser sujetos pasivos de la información —pasivos e indefensos—, no tanto por el contenido como por la forma en la que ésta se recibe y se asimila. Me pregunto, honestamente, ¿de qué les está sirviendo?

Los cambios, la rapidez, lo inmediato, la asimilación, la adaptación... todo aplicado a nuestra mente. Me pregunto sobre la diferencia entre el cerebro de los egipcios que levantaron las pirámides, el de los constructores de catedrales y el del hombre actual. ¿Existe tal diferencia? ¿Su desarrollo se corresponde con la evolución del mundo de hoy? De esto se trata: de la velocidad de los cambios (I), de la capacidad de asimilación, adaptación y organización a éstos (II) y de cómo y quién los dirige (III).

De la rueda al metadato

La humanidad ha vivido múltiples y profundas transformaciones en su historia, pero todas ellas se han producido a través de un largo proceso temporal que no fue programado por un agente externo, sino que se desarrolló de forma natural, como si la propia naturaleza del hombre fuera la que estableciera el ritmo adecuado a cada cambio, el ritmo del progreso. De igual forma, estos «progresos» en el tiempo no sólo afectaron al contenido, sino también a la forma de recibirlos; es decir, que cada invento, descubrimiento, técnica, etc., se incorporaba a la vida y al modo de ser del hombre, y no al revés.

Mucho habría que analizar de cada una de estas innovaciones claves que el hombre ha ido introduciendo en sus vidas desde el último millón de años: cuánto tardó en dominarlos, qué repercusión tuvo su aplicación, cómo lo fue asimilando la sociedad del momento. Y hablamos de todos los aspectos de su existencia: las relaciones humanas y las formas de comunicarse (las lenguas, la escritura, el arte, la guerra, las migraciones, etc.), los procesos de producción y creación de riqueza (la recolección, la agricultura, la industria, la metalurgia, las fuentes de energía, el comercio, la producción en cadena...), las formas de vida y de organización social (la tribu, el nomadismo, la vida sedentaria, la aldea, la ciudad, el Estado, la alimentación) y de otros muchos que podrían considerarse. Pero la cuestión que me interesa no se centra sólo en cada uno de los elementos de este continuo progreso, sino en la propia velocidad del cambio y el tiempo que se necesitó para asimilarlo y adaptarse a él.

Los paleontólogos calculan que el fuego apareció en las manos del *Homo erectus* hace 1,5 millones de años, pero estiman que tardó unos 800.000 en dominarlo. Tuvo que aprender a crearlo, conservarlo y transportarlo. Le proporcionó protección y defensa, calor, nuevas formas de alimentación, un medio para poder asentarse en lugares fríos, salud. Nuestra querida rueda surgió en el Creciente Fértil allá por el 5.000 a. C. y necesitó entre 1.000 y 2.000 años para extenderse a China, la India y Europa. Con cientos de años de por medio, pasó del torno del alfarero al carro de guerra, al transporte y a la ingeniería. Fruto de la necesidad de un registro administrativo, económico e histórico —aparte de la componente artística de la pintura rupestre—, surgió la escritura en algunas civilizaciones a partir del 4.000 a. C., y evolucionó desde la cuneiforme al jeroglífico, del papiro al papel, del pergamino al libro, del códice a la imprenta y a la rotativa de hoy. Podríamos decir lo mismo del mundo relacionado con los metales (la extracción, su difusión, los diferentes usos), con la energía (la tracción animal, la vela, el molino, el vapor, el motor de combustión, lo nuclear), con el comercio (el intercambio, la moneda, los bancos, la tarjeta de crédito) y con tantos aspectos de la vida del hombre como queramos pensar.

Todos estos descubrimientos del pasado produjeron cambios muy drásticos, pero de forma generalmente positiva, con una mejora de la actividad y de las necesidades humanas, fundamentalmente porque se incorporaron poco a poco, en un proceso de difusión, asimilación y adaptación acorde con nuestra propia naturaleza; y del pretérito hasta el presente, nacieron de abajo arriba; es decir, desde una base formada por los elementos e instituciones naturales de la sociedad humana hasta llegar a las manos de los que los dirigen.

El mundo tecnológico y digital del que ya somos parte, que se llama a sí mismo transformación, ¿en qué se parece a estos avances mencionados? No es energía, no es una solución mecánica; pero sí una herramienta para gestionar, dirigir, organizar la producción y distribuir la energía. No es una forma de expresión artística, de escritura o de comunicación; pero conecta a las personas

de forma inmediata y simultánea, almacena y gestiona datos, presenta algoritmos que dan opciones, ayudas a la decisión o resoluciones automáticas. No es una forma de producción ni de creación de riqueza, ni de organización social, ni de relación humana directa; pero se ha convertido en un elemento que condiciona, en todos los ámbitos, la vida de las personas —desde un niño a un anciano—, en su forma de trabajar, de hablar (o no hablar), de hacer funcionar la mente, en su comportamiento social y en su autonomía personal.

Aunque todos aquellos inventos primeros —que impactaron mucho más en el desarrollo de la humanidad— precisaron de tiempo y del espacio, no ha sido así con lo «digital». La transformación digital ha irrumpido de una forma global, en plazos temporales muy cortos y cuya incorporación acelerada se ha producido de arriba abajo, desde la dirección de los gobiernos nacionales y de las entidades supranacionales hasta posarse sobre cada uno de los elementos de la sociedad civil, sea cual fuere su entidad, hasta llegar al individuo. Estamos «en un entorno en evolución» (1), pero ¿qué podemos esperar de todo esto? La sombra del corto plazo apaga la visión de futuro. Y todo esto, ¿para qué?

Al teniente de navío Gargollo le gustaría salir más de su camarote, pero le atan todas las pantallas a las que debe atender. Sin una tradición naval en la familia, nació y creció con este nuevo mundo digital; pero, aun así, sus piernas no siguen el ritmo de tanto cambio. Lleva peleándose toda la mañana con la voz metálica de la compañía telefónica y no ha conseguido que le haga caso.

Don José no ha dejado de estar embarcado. Ya subteniente, aún sigue a bordo, entre estachas, petroleos y operaciones de vuelo. Su padre y su abuelo también fueron suboficiales y contramaestres. Aunque no se le escapa nada de su destino, lleva años intentando reciclarse delante del teclado, pues su profesionalidad no le permite dejarse llevar y quedarse estancado. Cada año llega una aplicación informática nueva sin que le haya dado tiempo a aprenderse la anterior, y eso le frustra. No se despegas de su pequeña libreta, donde cuelga la larga lista de nombres de usuario, contraseñas y fechas en las que debe cambiarlas, no sólo de Defensa, sino las del banco, de la compañía de la luz, del gas, del teléfono, de RENFE, de los colegios, del hospital y de la página web del club de mus. Lo daría todo por una buena gaza marinera.

Martín «Málaga», que por familia podría haberse orientado a otros ámbitos profesionales, nunca fue buen estudiante. Le apasionan la actividad y la aventura. Nada en la oficina de aprovisionamiento como pez en el agua. Todo lo que se relacione con teclear, pulsar, ver, oír, chatear, colgar, navegar, explorar, crear páginas... es pan comido. Vive y sueña en ese mundo.

(1) *Líneas Generales de la Armada 2022.*



Fragata *Cristóbal Colón*. (Foto: Armada)

—Martín, me ha pedido el habilitado un pequeño informe sobre el estado de los pañoles —le dijo don Juan, el suboficial de Aprovisionamiento—. Prepara uno con todo lo que tienes en tu máquina, bien explicado, que ya luego incluyo yo lo mío. Y también necesitaría que me miraras mi ordenador... que no sé qué le pasa.

—Don Juan, ¿le vale con uno de mis wasaps? ¿En qué formato lo quiere? —contestó sin dudar, dándolo por hecho—. Y lo del portátil, ya se lo dije: una patata... Vive usted en el inframundo... y sin licencias.

Levantando una catedral

La nueva visión del mundo moderno de la mano de lo digital arrastra consigo tres elementos principales: la velocidad de los cambios, la inmediatez, unida a la visión a corto plazo; y la notoriedad. A la celeridad se le incorpora, intrínsecamente, la reducción de los tiempos de reacción ante un imprevisto; a la inmediatez, la falta de perspectiva de futuro; a la notoriedad, el individualismo y el desenganche con el esfuerzo común.

A don José siempre le interesó el arte y disfrutaba con él. Casualmente, se ha cruzado con el teniente de navío Gargollo y con Martín en su paseo por Palma cuando se dirigía a la Catedral de Santa María. Su pasión, mientras señalaba



Catedral de Santa María de Palma de Mallorca. (Foto: www.wikipedia.org)

los pináculos, les ha arrastrado hacia el interior. Se han quedado absortos entre los gruesos muros, los recios contrafuertes, la geometría de la piedra viva, la luz que entra por cada rosetón; se han dejado invadir por la grandiosidad de la nave y por el olor a reposo y eternidad depositado bajo sus bóvedas.

—Y esto viene siendo, más o menos, ¿de qué año? —preguntó Martín con un gesto de interés.

—Comenzada en el siglo XIII, consagrada en el XIV y acabada, teóricamente, en el XVII —contestó con rotundidad don José.

—¿Y el arquitecto fue...? —entró en juego el teniente de navío Gargollo—. Y el retablo, el panteón, el órgano... ¿de quiénes son obra?

—Ni idea —respondió don José—. Me ha pillado, mi oficial. Martín, míralo tú en internet.

Martín sacó el móvil y escudriñó una página tras otra, con el dedo a modo de batuta dirigiendo la operación de búsqueda.

—Pues aquí no dice nada —aseveró—. ¡Y yo que pensaba que todo estaba en internet!

—Es curioso. Hay aquí cuatrocientos años de labor y nadie conoce quiénes la han levantado —lamentó el teniente de navío Gargollo.

Nuestros turistas probablemente no llegarán a conocer nunca los nombres de cada uno de los artífices de esta catedral. Saben que hubo arquitectos, escultores, vidrieros, pintores y canteros; pero sus nombres no figuran en ningún lugar, en ningún libro, por la sencilla razón de que eso, «figurar», no era importante en aquel tiempo. No fueron otra cosa que pequeños protagonistas anónimos de nuestra historia. Para ellos no existía la razón del disfrute inmediato y personal, sino la esperanza de que la obra de sus manos fuese algo cedido a las generaciones venideras para que la mejoraran y, llegado el momento, le dieran buen término. Todos eran conscientes de que el objetivo no era que sus ojos vieran esa o aquella catedral terminada, sino ser parte de su vida para que un día alguien pudiera finalizarla para un bien mayor.

Estos gigantes de piedra tardaron siglos en considerarse concluidos, con generaciones intermedias que entretanto iban desapareciendo, habiendo visto sólo algunos muros levantados; pero esto era asumido como algo natural, interiorizado en la seguridad de que, con sus descendientes, el progreso y el final de su obra quedaba garantizado. En aquel antaño no había protagonistas, y el premio era el disfrute de las generaciones siguientes; el objetivo, el beneficio de la comunidad.

Hoy es primordial conocer al autor de cada hecho, cuenta más la ganancia, se obra en beneficio propio. A este respecto —velocidad, inmediatez, notoriedad— escribía Alexis Carrel (2):

«El hombre refiere a sí mismo todos los sucesos del mundo... Sin embargo, un individuo y una nación no pueden situarse en la misma escala temporal. Los problemas sociales no deben ser considerados del mismo modo que los problemas individuales. Los primeros se desenvuelven muy lentamente... Los resultados de una modificación en las condiciones materiales y mentales de la existencia de un pueblo rara vez tardan menos de un siglo en manifestarse. Sin embargo, la investigación de las grandes cuestiones biológicas se limita a individuos aislados. Nadie les sustituye en su trabajo cuando mueren. Del mismo modo, las instituciones científicas y políticas están concebidas en términos de duración individual...

La Iglesia Católica Romana ha sido la única organización que se ha dado cuenta de que el progreso de la Humanidad es muy lento, de que el paso de una generación es un acontecimiento insignificante en la historia del mundo. En la evolución de la Humanidad, la duración del individuo no es una unidad a propósito para medir el tiempo...

El advenimiento de la civilización científica necesita una nueva discusión de todos los temas fundamentales. Asistimos a nuestro propio fracaso moral, intelectual y social. Es indispensable preparar los acontecimientos

(2) Alexis Carrel (1873-1944) fue Premio Nobel de Medicina en 1912.

futuros, moldear las jóvenes generaciones con un ideal distinto. El gobierno de las naciones por hombres que calculan el tiempo en función de su propia duración nos conduce, como todos sabemos, a la confusión y al fracaso. Nuestro horizonte temporal ha de extenderse más allá de nosotros mismos...» (3).

¿Un cerebro superdotado?

Junto a la idea de lo inmediato, también hoy planea sobre las cabezas de mucha gente la convicción de que los grandes avances de la humanidad —técnicos en su mayoría— deben su continua y rápida progresión a que ahora somos más inteligentes. No será yo el que llame ignorantes a los egipcios que construyeron las pirámides; o al mundo griego de Arquímedes, Pitágoras y Aristóteles; o a la sabiduría medieval de santo Tomás; o a los coetáneos de Galileo, Kepler y Copérnico; o a los contemporáneos de Leibniz o Newton y su manzana. Ese supuesto aumento de la inteligencia requiere pararse a reconsiderarlo.

La capacidad craneal de un homínido ha evolucionado desde el *Australopithecus* (sobre los 400 cc), hace 4-3 millones de años, hasta el *Homo sapiens sapiens* (sobre los 1.450 cc), surgido entre 30.000-10.000 años a. C. La evolución paulatina, en cuanto a la capacidad del cráneo, durante los últimos cuatro millones de años hasta la aparición del hombre moderno no ha mantenido esa misma tendencia a lo largo del Holoceno: no ha sufrido variación en los últimos 30.000 años (4). Asimismo, el índice de encefalización —que mide la disparidad entre el tamaño que debería tener el encéfalo en función del peso corporal y el que realmente tiene— ha evolucionado desde el 1,3 en el *Australopithecus* hasta el 2,9 en el humano moderno, sin que este índice se haya modificado en los últimos 30.000 años (5).

No, no somos más listos. La inteligencia y el ingenio de un sumerio del 3.000 a. C. no es muy diferente a la de cualquier hombre del siglo XXI. Portan-

(3) CARREL, Alexis: *La incógnita del hombre*. Editor Joaquín Gil. Buenos Aires, 1937, pp. 201-202.

(4) El *Australopithecus* tenía una capacidad craneal de 375-515 cc (hace 4,5-2,9 millones de años); el *Homo habilis*, entre 580-670 cc (hace 2,3-1,5 millones de años); el *Homo ergaster*, 800-900 cc (hace 1,8-1,2 millones de años); el *Homo erectus*, entre 900-1.000 cc (hace 1,3-300.000 años); el *Homo heidelbergensis* y el *Homo antecesor*, 1.000-1.100 cc (hace 800.000 años); el *Homo neanderthalensis*, sobre 1.500 cc (hace 130.000-40.000 años); el *Homo sapiens* (cromañón), sobre los 1.400 cc (hace 80.000-30.000 años), y el *Homo sapiens sapiens*, unos 1.450 cc (desde hace 30.000-10.000 años). Ver ARSUAGA, José Luis: *El collar del neandertal* (Proyecto Atapuerca). Ediciones Temas de Hoy. Madrid, 1999, pp. 40-65 y 71-80.

(5) ARSUAGA, José Luis: *La especie elegida* (Proyecto Atapuerca). Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1998, pp. 151-166.

to, la cuestión no se refiere tanto al coeficiente intelectual como a la capacidad de asimilar y sedimentar ciertos conocimientos, descubrimientos y experiencias. ¿Cómo pretendemos nosotros, los hombres del siglo XXI, digerir en apenas unos lustros —a veces menos— lo que nuestros inteligentes antepasados tardaron en impregnarse cientos de años? Hoy se quiere todo para ya —dicho así con los ojos postrados exclusivamente sobre la pisada que se da sobre uno mismo—, sin darnos cuenta muchas veces de que hay que levantar la vista y mirar al horizonte. Todo se mueve y varía a velocidad de vértigo, y tanto la sociedad como los individuos son incapaces —fisiológica y psicológicamente— de acoplarse a tanto cambio. Decía Alexis Carrel:

«Nuestras intervenciones tienen que hacerse a la cadencia de nuestro tiempo interior. El hombre es como un líquido viscoso que se vierte dentro del continuo físico. No puede cambiar de dirección instantáneamente. No debemos tratar de modificar su forma mental y estructural por procedimientos brutales, a martillazos, como se desbasta la piedra de una estatua...» (6).

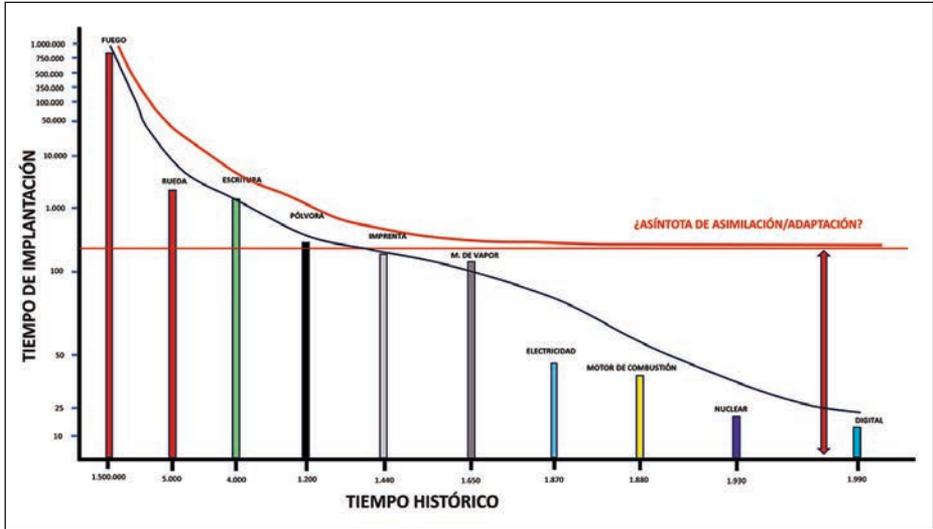
Y esto es lo que ha estado aconteciendo en el mundo de forma exponencial, especialmente desde hace 200 años, conforme nos hemos ido acercando a los días actuales: que el tiempo concedido a las personas y a la sociedad para que asimilen y se adapten a los cambios se ha ido comprimiendo, reduciéndose inexorablemente, sin que paralelamente nuestra capacidad inherente de adaptación se haya desarrollado (7).

Si la celeridad forzada de los cambios no nos es propia, las capacidades de asimilación y adaptación, inherentes al ser humano, tienen también un margen de flexibilidad limitado, funcionan en una asíntota a la que ya hemos sobrepasado. Y cualquier esfuerzo por rebasar ese límite se traduce en reacciones fisiológicas contraproducentes, como el estrés, la ansiedad, la depresión, el individualismo, el aislamiento, la falta de sueño. Y todo esto se produce porque el tiempo físico con el que nos vamos acelerando siempre nos es extraño, es ajeno a nuestro propio tiempo interior, que somos nosotros mismos (gráfica 1).

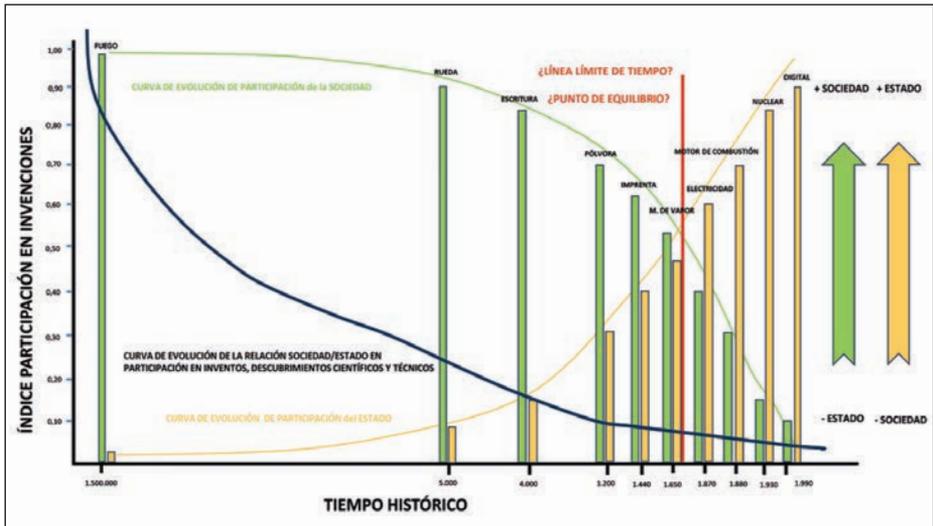
Igualmente, la creciente velocidad de implantación de cualquier innovación, descubrimiento, desarrollo, etc., va íntimamente unida al aumento en el porcentaje de intervención de los gobiernos, mandatarios y Estados e instituciones que dirigen los distintos ámbitos de la humanidad; y, por el contrario, da lugar a una pérdida de la contribución de la sociedad —de todos los

(6) CARREL, Alexis: *op. cit.*, p. 204.

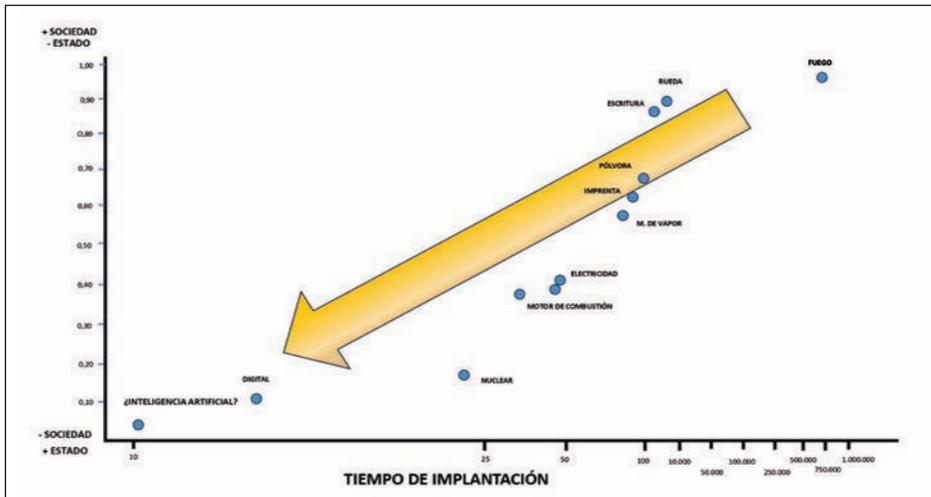
(7) *Ibidem*, p. 251: «...También reclama que los seres humanos no estén expuestos a condiciones de existencia a las que son inadaptables. Aparentemente, no existe adaptación posible a la agitación incesante, a la dispersión intelectual...».



Gráfica 1. Variación que ha experimentado el período temporal necesario para la asimilación de un descubrimiento a lo largo de la historia, que desde el siglo XVIII se ha desviado de su teórica asíntota natural. (Elaboración propia)



Gráfica 2. Evolución a lo largo de la historia del índice de participación de la sociedad (verde) y de los Estados (naranja) sobre el total, que parece dar con un punto de equilibrio en los siglos XVII-XVIII. A partir de ese momento, la asíntota de la participación de la sociedad tiende a cero. (Elaboración propia)



Gráfica 3. Los tiempos de implantación que se imponen para asimilar los nuevos descubrimientos se van reduciendo conforme la participación de los Estados es mayor. (Elaboración propia)

elementos que hay en ella— en la forma natural en que todas esas implantaciones, asimilaciones y adaptaciones debieran producirse (gráfica 2).

¿Hemos sobrepasado también el punto de equilibrio? ¿Traspasó la humanidad a lo largo de los siglos XVIII y XIX ese punto de no retorno? ¿Estamos abocados a una irremediable deshumanización? (Gráfica 3).

De vuelta al barco, los tres hablan de los cambios en la organización, en los procedimientos, los medios técnicos, la terminología... a los que tienen que adaptarse. Recorren de forma jocosa todas las aplicaciones que utilizan diariamente y la cantidad de información que manejan, en su dispersión, que no les deja levantar la cabeza y pensar.

—«Málaga», ¿tú eres un tío listo? Con lo que tú sabes de todo esto...

—¿Yo? ¿Listo? Pues no. ¡Ya me gustaría a mí! Usted fíjese. Lo que yo quisiera «e» levantarme a las «cei» y «pa» las siete ya tenerlo «to» hecho. Pero no... cada día tengo que «acé» «má», y sé «meno», y puedo «meno».

El teniente de navío Gargollo vuelve a su camarote. Tiene veinte correos. Como secretario del comandante, se pasa por la oficina de la Comandancia. Hay otros tantos Simendef. Su móvil arde; sabe lo que le espera de otros tantos sistemas y aplicaciones operativas y logísticas. Antes de tumbarse en su camastro, se pregunta: ¿quién controla a quién? ¿Yo a la información y a los datos; o ellos a mí?

Un diagnóstico para el accidente

En este proceso de transformación continua de la Armada en el que nos encontramos, un aspecto fundamental es el de abrazar una «adecuada velocidad de adaptación» (8). Y resulta difícil aislar la velocidad asociada a la transformación digital de la forma de vida moderna y, en definitiva, de los cambios acelerados de la sociedad. Y éstos no por ser acelerados son en sí mismos problemáticos, sino que se constituyen en problema porque no siempre adecúan su cinemática al propio ritmo del hombre; y eso acarrea, como hemos dicho, contrariedades en múltiples facetas (confusión en los cambios de normativa y de organización; saturación de aplicaciones y de nuevas tecnologías, tendencia al aislamiento, individualismo...) (9).

Y uno de estos ámbitos es el de formar parte del «ciclo de mejora continua» (10), por el que se planea, ejecuta, verifica y optimiza para que la Armada logre los objetivos establecidos. Pero, ¿y si el ciclo va demasiado rápido? ¿Y si andamos demasiado deprisa?

Hoy, «Málaga» ha aparecido visiblemente consternado en su destino. Tanto el teniente de navío Gargollo como don José se han dado cuenta de inmediato, y la confianza mutua ha conducido a la conversación:

—Ayer, como la cosa más horrible, se mató mi primo Jacinto —confesó amargamente—. Volvía de una fiesta, de madrugada, y acabó estrellado contra un árbol en el cruce de Mejorada.

Los tres se miraron en silencio.

—No es lo que piensa, mi oficial —continuó—. No bebía apenas, ni fumaba. Sólo vivía para su novia y para sus amigos. Y un golpe así se lo ha llevado por delante. ¿Por qué habrá sido?

¿Por qué? Se lo preguntaremos a los CSI. Entre Las Vegas, Miami y Nueva York, parece que Catherine Willows y el doctor Albert Robbins están hoy disponibles para darnos una respuesta. Después de realizar la autopsia y analizar el resultado, han llegado a la conclusión de que murió de un fuerte traumatismo craneoencefálico, causado por... Se lo preguntaremos a Catherine:

(8) *Líneas Generales de la Armada 2022*.

(9) CARREL, Alexis: *op. cit.*, p. 178. «En suma, el tiempo es un carácter específico de las cosas. Su naturaleza varía según la constitución de cada objeto. Los seres humanos han adquirido el hábito de identificar su duración y la de los demás seres por el tiempo que marcan los relojes. Pero nuestro tiempo interior es una forma diferente, e independiente, de este tiempo extrínseco, del mismo modo que nuestro cuerpo es en el espacio distinto e independiente de la Tierra y del Sol».

(10) Instrucción 41/2020 del AJEMA, por la que se establecen los principios y fundamentos de la organización de la Armada y su funcionamiento (punto 6.2.1).

ASUNTO	CONDUCCIÓN DE COCHES/CAMIONES	ARMADA
Fin/objetivo	1. Viaje. Llegar al destino, transportar, visitar.	1. Defensa de los intereses de España, paz, justicia, cultura de defensa.
Medios	1. Coche, carro, moto, camión. 2. Carretera, señales, mapa, gasolinera. 3. Hombres, conductores. 4. Normas de tráfico, Código de Circulación.	1. Barcos, aviones, vehículos, etcétera. 2. Organización, recursos. 3. Hombres, profesionales militares, civiles. 4. Normas, doctrina.
Problemas	1. Qué vehículo usar. 2. Preparación del conductor. 3. Gestionar la actividad de los conductores (suelos, promociones, incentivos, trato). 4. Averías del coche, mantenimiento. 5. No saber usar el mapa, perderse. 6. Golpe, accidente con otro coche o peatón. 7. Atascarse, baches, curvas, pinchazo.	1. Qué barcos y qué medios. 2. Preparación del personal. 3. Gestión de las personas (ascenso, promoción, moral, valores, liderazgo). 4. Preparación y mantenimiento de unidades. 5. Cómo organizarse, qué directrices tomar. 6. Averías y accidentes de unidades. 7. Obsolescencias, falta de formación.
Causas	1. Pocos conductores. 2. Vehículos viejos y sin mantenimiento, sin rueda de repuesto. 3. Rutas erróneas, no estudiadas. 4. Carreteras viejas y peligrosas; baches, curvas, falta de iluminación, bifurcaciones. 5. Demasiados coches y camiones en ruta, demasiados vehículos que mantener y apoyar. Poco personal. 6. Cansancio del conductor. 7. Distracciones, móvil, fumar, bebida, no llevar el cinturón. 8. Ir demasiado deprisa, velocidad no adecuada en cada tramo = velocidad	1. Falta de personal. 2. Material anticuado, falta de repuestos, mantenimiento. 3. Desenfoco en la orientación, en la organización, en el fin perseguido. 4. Huella logística, ubicación de unidades, bases. 5. Muchas unidades/medios e infraestructura que mantener. Mucha exigencia operativa vs. medios. 6. Desmotivación, horario, días de mar. 7. No seguir los procedimientos, SEGOP, deporte, higiene, salud. 8. No parar a pensar, falta de adaptación de lo externo al ritmo del hombre.
Soluciones	1. Saber conducir. 2. Estudiar y conocer la ruta en el mapa con antelación. 3. Preguntar quién hizo antes esa ruta. 4. Ir despacio para ver baches, curvas, otros vehículos. 5. Luces encendidas, llevar gafas. 6. Llevar herramientas y rueda de recambio. 7. Investigar las causas de los accidentes. 8. Los conductores (motivación, ascensos, promoción profesional, trato de la empresa, vacaciones) 9. No móvil, medidas pasivas (airbag, cinturón, sillita bebés, número de pasajeros), no hablar, ITV, horas al volante, A/A. 10. Ir al CSI.	1. Buena preparación del personal. 2. Análisis y síntesis (analítico-sintético): lo general y lo particular. 3. Ver lo que se hizo antes, no desechar lo anterior. 4. Ir despacio para tener tiempo de reacción, para ver los fallos, para analizar problemas. Si hay un problema serio, ir despacio. 5. Previsión y estudio a largo plazo. 6. Tener alternativas previstas. 7. Análisis, verificación, corrección y decisión. 8. Las personas (organización, legislación que se adecúe a las personas, motivación, evaluación, ascensos). 9. El apoyo a las personas (vivienda, residencias, traslados, guardias, horario, conciliación, permisos). 10. Sentarse, estudiar, pararse a pensar.

—Catherine, ¿el análisis de sangre reflejaba algo?

—Sí —contestó inmediatamente—. Tenía casi 1,1 g/l de alcohol en sangre; y no hay duda de que también consumió hachís.

—¿Y éstas son las causas de su muerte? —me dirigí al doctor Robbins.

—No. El traumatismo fue causado por la cantidad de movimiento con que se produjo el impacto —aseguró—. O sea, a la velocidad a la que circulaba...

—... Y era una velocidad elevada —interrumpió Catherine—. Por las marcas de frenada en el asfalto y por el estado del coche... entre 110 y 120 km/h. Y viajaba sin cinturón; y debía de estar hablando con alguien. El móvil nos indica que mantenía una conversación en el momento del accidente.

—Es decir, que a pesar de todo eso no murió de cirrosis, ni de sobredosis, ni de sordera, ni del síndrome de la distracción...

Los dos asintieron.

—Otra pregunta: y si a pesar de las copas, del porro, del cinturón y del móvil, hubiera conducido a 80 km/h, ¿se habría matado?

—Es menos probable, pero habría sufrido muchos daños —respondió rápidamente Catherine.

—¿Y si hubiera ido a 60 km/h?

—Probablemente, no.

—¿Y a 40 o a 30?

—Lo más probable es que sólo se hubiera llevado un susto y algún chichón.

—Pero, Catherine, estoy confuso —confesé humildemente—. Generalmente, las causas de los accidentes de circulación se asocian al uso del móvil, a no ponerse el cinturón, a estar hablando con el acompañante, a tomarse dos copas en lugar de una; pero la mayoría de las medidas y campañas están dirigidas sólo a prohibir estas malas costumbres, a multar por ellas; pero no he visto actuaciones orientadas a anular esas causas, a impedir que los vehículos excedan de determinada velocidad. ¿Qué dice el CSI?

—Yo me limito a confirmar las causas; y, en todo caso, a sugerir alguna recomendación —se anticipó el doctor Robbins—. La gran mayoría de las muertes o lesiones por traumatismos generales o craneoencefálicos en accidentes de circulación se deben a la velocidad. ¿Qué habría que hacer para anular la causa? Reducir la velocidad del coche. Además, habría más tiempo de reacción para evitar el golpe, se tendría margen para corregir suavemente el volante hacia una dirección más apropiada, no a base de volantazos. En resumen, habría tiempo para percibir la presencia del obstáculo, prever las posibles opciones, reaccionar y evitarlo. ¿Por qué no se hace? Muchos son los que crean las causas y luego protestan por las consecuencias.

Al final vamos a dar con la solución a los accidentes de tráfico, aunque no seré yo el que vaya a plantear la vuelta al carro y al borrico. Ése es un problema que concierne a otros.

Volvamos a la vida rutinaria y a la Armada. Recapitemos: ¿estamos equivocados en el enfoque del problema? Lo mismo que le ha sucedido a Jacinto, también ocurre en la sociedad y, por ende, en la Armada: si se va demasiado deprisa, los cambios y volantazos son bruscos, puede sobrevenir el accidente, el golpe y la muerte al no tener la suficiente capacidad previa de reacción; pero el principal problema es que para intentar solucionarlo se atacan unas causas que no son las verdaderas.

Otro efecto pernicioso se produce al obtener conclusiones con demasiada antelación. La Armada ha sido a lo largo de la historia muy sabia en este aspecto, pero el ritmo al que se desenvuelve la sociedad de la que formamos parte es ya demasiado acelerado para escapar y, al ser arrastrados por ella, se hace complicado obtener rédito de las observaciones, de los errores y de los éxitos. Parece que el éxito reside sólo en cambiar, sin medida. No nos resultaría difícil reparar modificaciones orgánicas que se han ejecutado con excesiva rapidez y que se han tenido que deshacer con la consiguiente vuelta al punto de partida. No ha habido muertos: la defunción se traduce en desorientación y desilusión.

A propósito de esto, decía Alexis Carrel:

«Otra causa de las dificultades de hacer experimentos con seres humanos es el hecho de que el observador y su sujeto viven, aproximadamente, al mismo ritmo... Sólo después de un lapso de treinta o cuarenta años puede estimarse el valor de un método educativo. La influencia de determinado modo de vida sobre las actividades fisiológicas y mentales de un grupo humano no se manifiesta hasta que no ha pasado una generación. Los inventores de nuevos sistemas de dieta, cultura física, higiene, educación, moral, economía social, publican siempre prematuramente el éxito de sus invenciones...

El progreso de la Humanidad nos parece muy lento porque nosotros, los observadores, formamos parte del rebaño. Cada uno de nosotros sólo puede hacer unas pocas observaciones. Nuestra vida es demasiado corta. Habría que llevar a cabo muchos experimentos por lo menos durante un siglo. Las instituciones, en cierto modo imperecederas, tales como las Órdenes religiosas, que permitirían la continuación ininterrumpida de un experimento todo lo largo que fuese preciso, compensarían la duración demasiado corta de la existencia de los observadores individuales...» (11).

Conclusión

El teniente de navío Gargollo, don José y el «Málaga» han salido a cubierta y, sobre ella, rodeados de la mar, han recitado una breve oración por Jacinto.

(11) CARREL, Alexis: *op. cit.*, pp. 60-61.



Atardecer desde la fragata *Victoria* (F-82). (Foto: Armada)

No hay a su alrededor más puerta para salir de allí que esa línea que nunca acaba, a la que llaman horizonte. Tiene algo de eterno, y quizás por eso los marinos sepan rezar sin que nadie se lo enseñe. Miran hacia delante con una visión menos enfocada en el hoy, en su sombra y en lo cambiante, más desprendida hacia lo que puedan dejar mañana a los que les sucedan, con sosiego. La vida de un marino apenas es un día en la vida de la Armada.

Seamos capaces de manejar el acelerador y el freno de esta gran familia que es la Armada; aprendamos a conducir el nuevo BMW antes de pisarle; adaptemos el asiento a nuestra altura y a la distancia correcta respecto al volante; asimilemos despacio todas sus posibilidades... y, si esto no es posible, cambiemos de coche. Él debe ser la herramienta, no nosotros.

Veamos en la tecnología, en lo digital, una oportunidad y no un pozo que haga de la vorágine del cambio en sí mismo el lugar donde nos precipitemos sin salida, algo inasumible; no vaya a ser que por no referir todas estas herramientas a nosotros mismos acabemos, como nos decía Alexis Carrel, «en la confusión y el fracaso».